

# La investigación como sustituto del conocimiento: obsesiones y desvíos de un saber académico en formato de producto



Por Felipe Quiroz Arriagada\*

*“Se escuchaban conferencias sobre poetas cuyas obras nunca se habían leído ni se había soñado leer; se proyectaban también por medio de aparatos adecuados figuras e ilustraciones y se luchaba, exactamente como en los folletines de los diarios, con una inundación de valores culturales y fragmentos de saber aislados y vacíos de sentido”.*

Herman Hesse. *El juego de abalorios*

---

\* Magíster en Psicología Educacional de la Universidad Mayor.

Magíster en Educación, mención Currículum e Innovaciones Pedagógicas de la Universidad Católica Silva Henríquez (UCSH).  
Profesor de Filosofía. Licenciado en Educación.



## ¿Conocimiento, información o infoxicación?

No pocas veces se ha nombrado a nuestra época como “La sociedad del conocimiento”. Por supuesto, podemos cuestionar la veracidad de tal afirmación debido a que, en primer lugar, la recomendación viene desde muy cerca. Si verdaderamente pretendemos conocer el rol que el espíritu actual cumplirá en el futuro desarrollo histórico de la civilización humana, ello requiere de perspectiva, lo que no se puede tener respecto del tiempo de la propia época, ya que este está siempre demasiado encima, nos es asfixiantemente inmediato.

Por otra parte, y sin hacer otra afirmación apresurada sobre lo contemporáneo, sí es innegable comprobar que esta época se encuentra saturada de información de una extraordinaria diversidad de materias. Pero ¿esta información representa, necesariamente, conocimiento? Por lo ya antes señalado, una respuesta absolutamente afirmativa a la interrogante planteada sería tan imprudente como una negativa rotunda, si acaso supusiéramos que nada de lo que aparece en redes sociales de comunicación, junto con lo que inunda en los medios oficiales de noticias o entretenimiento, carece por completo de algún valor. Tenemos únicamente la certeza de que abunda información, de los más diversos temas como de calidad argumentativa en los mensajes.

Sin embargo, paralelo a este fenómeno de abundante información a disposición de millones de personas en el mundo entero, han florecido críticas o, más bien, reflexiones alertas, mediante las cuales se sospecha que la señalada masividad pudiera tener efectos más desfavorables que benéficos respecto de la calidad de nuestra ciencia, la profundidad de nuestro arte, o la altura espiritual de nuestra cultura. En efecto, desde estas miradas críticas, la época en vez de ser denominada “Sociedad del conocimiento”, o “Sociedad de la información”, se la ha denominado como “Sociedad de la infoxicación” (Cornella, 2010), debido a la magnitud a todas luces excesiva de mensajes que circulan a la velocidad del rayo por el mundo entero, y que termina por confundir y, a veces, aplastar al individuo, sin que este tenga

tiempo y suficiente perspectiva para procesar dicha información y adjudicarle un significado relevante para su existir.

En efecto, esto último es lo que en ningún caso termina por ocurrir, ya que debido a este fenómeno de *infoxicación*, se va generando una cultura de lo inmediato, un lenguaje puramente operativo que vacía de cualquier profundidad al significado, lo cual, por supuesto, produce un tipo de personalidad funcional a esta cultura, la cual se siente interpelada y, hasta, amenazada por cualquier invitación que ofrezca el mundo del conocimiento para ahondar en los fundamentos de temática, fenómeno o acontecimiento alguno que tenga un interés distinto al puramente anecdótico o instrumental.

De ello, nuestra actual filosofía del siglo XXI muestra abundante teoría crítica, la cual, no obstante, no alcanza a competir con la magnitud colosal del resto de información de distinta naturaleza que abunda en las actuales redes de comunicación global. Si bien es innegable que la mayor parte de la obra de autores como Slavoj Žižek, Giles Lipovetsky o Byung Chul Han –por solo identificar tres ejemplos– trata sobre la crítica descrita, es un dato de la causa –precisamente de esta causa– que no alcanza a ser, siquiera de cerca, reflejo de una reflexión mayoritaria, si es que llega a representar, en el mejor de los casos, el de una pequeña multitud selecta. Si pudiéramos afirmar con cierta tranquilidad que en estas primeras décadas del siglo XXI la población de los países occidentalizados lee mucha más cantidad de información que la de otros siglos, no estamos ni en las más mínimas condiciones de afirmar lo mismo si es que nos enfocamos en la calidad intelectual de lo leído.

## El conocimiento académico en crisis

De acuerdo con estas visiones críticas, son los actuales medios virtuales los difusores principales de esta forma de cultura de la inmediatez, así como lo es el modelo de vida neoliberal para la forma de interacción social que se genera entre los individuos de estos tiempos hipermodernos. Pero, ante ello podríamos consultar: ¿no es también



un agente de difusión de esta cultura de lo inmediato la propia academia contemporánea? Y, ante una respuesta afirmativa a esta pregunta inicial, y considerando que la academia es la institución tradicionalmente destinada a la generación del conocimiento científico, intelectual, y cultural de una sociedad y tiempo determinado, cabe cuestionar: ¿no implicaría ello una crisis profunda de la misma?

En efecto, junto con la instalación de modelos por competencias en universidades de todo el mundo, desde finales del siglo pasado hasta nuestros días, hoy resulta un imperativo académico inevitable para los profesionales que ejercen en la educación superior en este siglo XXI la constante publicación académica de artículos científicos, en revistas de prestigio internacional y debidamente indexadas. Esto se comprende como un a priori difícil de cuestionar, ya que, cuando se trata de académicos o académicas con grado doctoral, es por completo coherente y, por lo tanto, esperable que se les exija la generación de conocimiento como parte principal de sus funciones profesionales. Pero, el asunto puede tornarse un tanto más difuso y complejo si se cuestiona la raíz de este mecanismo institucional globalizado, y aún más si visualizamos sus posibles consecuencias.

De la manera señalada, la necesidad de publicar se transforma en un imperativo laboral, un requisito para cumplir con compromisos académicos con los cuales se evalúa el desempeño profesional. Esto explica como en el mundo entero florecen, a veces como maleza, una cantidad nunca antes vista de artículos, los cuales, por la necesidad de cumplir con los estándares de publicación de las revistas indexadas internacionalmente, deben estar escritos en un mismo formato, respetando una misma estructura, con similar cantidad de palabras, con un estilo de lenguaje también encerrado en una similar y casi única forma de narrativa y con distinciones que apenas responden al paradigma –cuantitativo o cualitativo– en el cual está enmarcada la investigación de la cual la publicación trata.

De esta manera, se garantiza el cumplimiento del método y, lo que en realidad se evalúa de dichos textos es la fidelidad con la cual es aplicado ese

determinado método –para nada el único posible ni existente– con el cual se pretende la generación de conocimiento. Sin embargo, si desde tiempos de Immanuel Kant en adelante –ni más ni menos que desde el siglo XVIII hasta la fecha– se reconoce por conocimiento aquello que entrega nueva información relevante para un campo de estudio y que, junto a ello, logra tener estatuto universal (juicios sintéticos a priori), ¿acaso nuestra obsesión por aplicar de forma constante el mismo método para la producción académica, no resulta en una tautología redundante, que escapa al descubrimiento de verdadero nuevo conocimiento? O, en otras palabras, al enfocarnos siempre en la producción de una forma de conocimiento que resulta estable, fiable, sin riesgos, ¿no damos la espalda a descubrimientos de otro tipo?

Tal como afirmara Heidegger, cuando establecemos hipótesis o supuestos ya hemos tomado una decisión, que buscamos confirmar o refutar, pero que es imposible que no refiera, como tesis o antítesis, a un blanco hacia el cual ya hemos orientado nuestra búsqueda intelectual. Este blanco, afirmativo o negativo, se denomina conclusión, acto final de toda investigación, empírica o especulativa que tiene algún tipo de cabida en el esquema global que hoy rige la inmensa mayoría de las tentativas investigativas del siglo XXI. De esta forma, conocer, para esta moderna forma de comprender el conocimiento, significa, en primer lugar, apuntar, y con ello reducir la mirada; aplicar una lupa a un solo y preciso aspecto de la complejidad de lo real, para, con ello, lograr dominio sobre esa parcela imaginada o, por el contrario, confirmar la imposibilidad de lograrlo de una determinada forma, para volver mediante nuevas preguntas a abordar el objetivo. Es en todos los sentidos similar a una cacería, o a disparar a un blanco establecido; se trata de llegar con precisión a una meta ya determinada, visualizada desde la pregunta de investigación, su inevitable origen, y finalizada mediante la conclusión, su inevitable destino. Que sea la ruta emprendida desde un formato de hipótesis o uno de supuesto no resulta tan relevante como que se intencione siempre de antemano la meta, la ruta a seguir y el punto de partida, cuando se supone que aquello que se busca no es refutación o confirmación de una obsesión intelectual,





“...¿acaso nuestra obsesión por aplicar de forma constante el mismo método para la producción académica, no resulta en una tautología redundante, que escapa al descubrimiento de verdadero nuevo conocimiento?”

plasmada en conclusiones, sino el encuentro con lo nuevo. Y esto, ¿no debiera abrir mucho más que concluir?

Bueno, esto es precisamente lo que no puede terminar ocurriendo mediante el método descrito. Tampoco puede serlo mediante las variantes del neopositivismo de Popper, por ejemplo, de acuerdo con las cuales lo que debiera buscarse no es la comprobación de la hipótesis sino su refutación. Tanto en la quimera de intentar comprobar una proposición universal investigando cada caso (todos los cisnes son blancos) como en la perspectiva un poco más viable de buscar el o los casos en los cuales no se aplica la regla supuesta (encontrar a un cisne de otro color, con el cual se puede afirmar con precisión lo contrario a la hipótesis: que no todos los cisnes son blancos), la mirada ha dejado de estar nunca fuera de las fronteras específicas de aquello que con insólito orgullo intelectual se denomina hasta hoy *objeto de estudio*. Y es que, acaso, ¿resulta imposible abordar un fenómeno desde la contemplación atenta de sus características, sin emitir juicio ni menos prospectiva alguna, y descubrir, desde lo que el mismo emana, hacia donde se dirige la verdad de su desarrollo, así como nuestro conocimiento del mismo?, ¿no obliga, acaso, la búsqueda honesta de la verdad poner entre paréntesis, en primer lugar, nuestra intención de dominar el proceso?, ¿no sería necesario hacer *epoché*<sup>1</sup> precisamente

---

1 Categoría fundamental en el sistema fenomenológico propuesto por Edmund Husserl para una filosofía primera, *Mathesis Universalis* para las ciencias, la cual consiste en poner entre paréntesis todo aquello que no sea evidencia apodíctica, o sea, irrefutable, respecto de un fenómeno,

respecto del dogma del método, y dejar que la realidad aparezca, en vez de conformarnos con el velo de nuestra orgullosa interpretación de ella?, ¿no sería recomendable dejar que esta nos hable y poner atención a su mensaje, en vez de escuchar obsesivamente nuestro propio eco?

Por cierto, lo propuesto desde esta mirada crítica al positivismo moderno, enmarcado desde los proyectos fenomenológicos de Edmund Husserl en primera instancia y posteriormente por Martín Heidegger, no consiste, en sentido alguno, en una pretensión ingenua por depurar completamente el aspecto inevitablemente subjetivo de la búsqueda del conocimiento. En efecto, se trata precisamente de lo contrario. En modo alguno el conocimiento que se abre ante quien lo busca deja de ser subjetivo; lo es, pero abierto, en vez de ser una respuesta anticipada y, por tanto, falsificada. Dos cosas muy distintas son la intencionalidad de la búsqueda, y la intención de condicionar la misma, para llevarla a derroteros calculados de antemano. Esto último tiene todas las características de una trampa; de un autoengaño en el mejor de los casos, o de un fraude, en el peor. Es un juego con final asegurado, debido a lo cual este mismo pierde todo sentido.

Ahora bien, existe una dimensión mucho más pedestre del problema en cuestión y, por tanto, más grave. La actual situación obliga a que la búsqueda del conocimiento siga estos senderos calculados ya que es la estabilidad laboral la que depende de que se apliquen las reglas de este

---

dejando de lado por un primer momento todo aquello que se cree saber de tal fenómeno.



juego con final siempre garantizado. Con lo señalado, se termina por fomentar vicios del intelecto tales como la utilización hasta el cansancio de elementos de artículos anteriormente publicados, y de investigaciones anteriormente realizadas, hasta que ya no es posible sacarle más crédito a la información ya mil veces gastada de tanto uso y abuso.

En este contexto, también se obliga a la elaboración de búsquedas a contra demanda, que en nada interesan al espíritu de quien investiga, pero que le permiten al investigador lograr objetivos económicos y laborales del todo ajenos a sus preocupaciones intelectuales o a formas de conocimiento que vencieran los sesgos y lugares comunes instalados en la cultura, lo cual resulta imposible si acaso sólo se investiga para responder a lo que desde lo establecido se pretende confirmar, potenciar, difundir y, políticamente, financiar. El conocimiento resulta, de esta forma, en un simple instrumento al servicio de intereses de una naturaleza por completo ajena de las ciencias y el espíritu.

Lo señalado también genera una multiplicidad abismal de producciones académicas, las cuales, paradójicamente, son en su inmensa mayoría reproducciones homogéneas de un mismo estándar y que, por tanto, repiten hasta el cansancio los sesgos y reduccionismos que anteriormente hemos identificado. Con ello, estos errores, mediante una dinámica casi mecánica, devienen en aparentes generalidades y, por tanto, pasan como conclusiones y, finalmente, conocimiento.

Sin embargo, debiéramos cuestionar con honestidad si acaso la estadística de percepciones, por ejemplo, respecto de determinado fenómeno social, comparada con otras variables, agotan nuestra comprensión de aquellos aspectos del fenómeno en cuestión que escapan, precisamente, al reducido, antojadizo y arbitrario ámbito de las percepciones humanas, tan excitables como, por ello mismo, volubles y fácilmente manipulables. Y, si tales variables fueran en efecto estables, ¿de qué manera se conectan estas con los aspectos inestables de las percepciones con las cuales se pretende triangular la información en la elaboración de supuesta producción

de conocimiento científico? Si tenemos, por ejemplo, la estadística de un aumento paulatino pero estable en solicitudes de licencias laborales por problemáticas de salud mental y, al mismo tiempo, un aumento igual de paulatino y estable respecto de la buena percepción de esa misma población sobre su calidad de vida y situación laboral (contradicción de la cual, en efecto, existe evidencia abundante en la literatura académica de estas últimas décadas), ¿cómo se conectan ambos resultados?, ¿de qué manera es posible garantizar que tales percepciones de bienestar no están condicionadas precisamente por presiones laborales que explican, a su vez, la cantidad de licencias laborales por estrés?, o, por el contrario, ¿cómo confiar en que, en efecto, tal cantidad de licencias refieren a verdaderos casos de problemas de salud mental y no a una mala práctica generalizada entre algunos médicos y pacientes, en acuerdo tácito por sacar beneficios a costa del sistema? O, ¿no será que esto último no responde a una forma de aprovechamiento masivo, sino que es efecto de la instalación de una cultura que vuelve patológica cualquier problemática de la vida? O, por el contrario, ¿no se explicarán estos resultados debido a que tal percepción de bienestar masivo es la máscara con la cual se oculta un malestar silente, pero profundo? Pareciera ser que, por más masivos que sean estos números, siguen siendo promedios que dejan más aspectos al margen del fenómeno estudiado, que en el marco de lo que se presenta como evidencia. O, acaso, ¿no resulta evidente que la realidad que está por afuera del foco hacia el cual hemos apuntado nuestra lupa es más grande que lo iluminado por el instrumento?, ¿no desborda siempre, acaso, la realidad, al instrumento y sus posibilidades?

Y, si no sacamos mucho con interrogar a los números respecto del significado que estos no nos brindan, y ante ello asumimos una postura cualitativa para profundizar en las causas de las generalidades propuestas, interrogando a sujetos informantes de entre la población encuestada, ¿qué nos hace suponer que tal profundización efectivamente puede ser concluyente respecto del fenómeno general? Nada. En efecto, lo que nos debiera entregar un abordaje cualitativo serio es una cantidad tal de diversidad de posturas y





“ Para que algo tenga sentido en un juego del lenguaje se requiere tener en consideración tanto la intencionalidad de los interlocutores como los códigos consensuados en dicho sistema de comunicación, significando una misma frase cosas por completo distintas en uno u otro juego del lenguaje. ”

explicaciones respecto del fenómeno que nos convenciera de que tal generalidad evidenciada mediante los datos cuantitativos en realidad no existe, y que se han agrupado un conjunto de diferencias haciéndolas parecer semejantes. Y, sin embargo, ¿Cuánto de aquello que nos informa un sujeto respecto de una experiencia cualquiera deja de estar condicionado por el contexto mismo de la entrevista?, ¿No es, por tanto, cualquier abordaje cualitativo, en realidad, la generación de un efecto, más que el descubrimiento de aquello que intenta abordar?, ¿No pierde al fenómeno cada vez que intenta abordarlo?, ¿No se encuentra la investigación siempre por afuera de lo investigado, y, por tanto, incapacitada de conocer aquello que busca?, ¿y no era acaso el conocimiento su promesa?

## Medios y no fines

En la primera mitad del siglo pasado, el filósofo y lógico austriaco Ludwig Wittgenstein proponía, mediante sus *Investigaciones Filosóficas*, que las proposiciones lógicamente validas dependían del juego del lenguaje en el cual se expresaban, y no únicamente de la estructuración gramatical o sintáctica de lo enunciado. Para que algo tenga sentido en un juego del lenguaje se requiere tener en consideración tanto la intencionalidad de los interlocutores como los códigos consensuados en dicho sistema de comunicación, significando una misma frase cosas por completo distintas en uno u otro juego del lenguaje. De acuerdo con este planteamiento, las formas de llegar a la validez

intelectual son múltiples, y no se supeditan, en modo alguno, a un solo método. Con anterioridad, durante el prolífico siglo XIX, se propusieron una diversidad de caminos orientados hacia el horizonte del conocimiento, entre los cuales destacaron el de la dialéctica de Hegel —mediante el cual se afirmaba que todo lo que es algo es, al mismo tiempo, otro— junto con las propuestas por completo diferentes a las del idealista alemán, como las de Schopenhauer, Nietzsche, Kierkegaard, Marx o las del joven Freud, y también, por cierto, las primeras luces del camino fenomenológico iniciado por Husserl, entre otros. Cada uno de estos distintos senderos epistemológicos entrega posibilidades creativas de comprender el mundo, asumiendo su complejidad y no reduciéndola a un estándar tan cómodo como ficticio. Y lo que para Hegel implicaba la realización del espíritu absoluto en la historia universal de lo humano, o para Nietzsche el advenimiento de la civilización de Superhombre, o para Husserl la consolidación de una filosofía primera que tuviese el estatus de *mathesis universalis*, refería a proyectos epistemológicos que bien valían dedicar una vida entera en vías de su realización, y en virtud de lo cual se publicaban obras y artículos, los cuales, por tanto, cumplían el rol de medios y no de fines en sí mismos.

Hoy, resulta casi inverosímil separar a la idea de conocimiento con la de producción académica, o sea, con la de ese producto llamado artículo o paper científico. Curioso, ya que conocer no es una cosa, ni tampoco la producción de cosas, sino, tal vez, cierta apertura de la consciencia, que, tal como un paracaídas, funciona si se abre, no si se cierra. 

